
Poemas para Elisa

Rafael Oteriño *

UNA ALQUIMIA

Si mis vecinos orientales
me hubieran visto recoger la bosta
y esparcirla sobre el cantero,
hubieran dicho que he desertado de la poesía.
Ellos no saben
que la poesía es una alquimia de energía y forma,
y que ambas descienden a la vez.
Sólo que a la forma la podemos aprender
leyendo a Catulo o a Banchs
o al valéryano Mastronardi,
mientras que a la energía hay que recogerla,
y si es de la calle y está aún tibia, mejor.

Es, dirían los ilustrados,
un choque de civilizaciones, un diálogo
entre culturas: Virgilio
de regreso en Brindisi, con el plan de la *Eneida*
en la cabeza; el general romano,
abandonado por su tropa
a orillas del Limia, llamando a cada soldado
por su nombre.

No queda, pues, otro remedio que aprender

las viejas reglas
y salir, de tarde en tarde, a la calle,
apenas suena el paso vigoroso del caballo.

BABA DEL DIABLO

Un *dictum* biológico
nos lleva a creer que el mundo
se cierra tras nosotros, y que todo pasado
fue mejor. Mentira,
mentira de viejos que no quieren oír
el crepitar de las llamas
cerca de ellos. Por suerte, el mundo es más joven
e impredecible
que sus huéspedes. Y todo es
una cuestión de perspectiva: lo accesorio
sigue la suerte de lo principal,
el accidente no modifica el conjunto,
los meandros son y no son el río,
su espejo depende
de la corriente que pueda haber
aguas abajo. El futuro
es la gran incógnita y no está
en nuestras manos predecirlo. Menos aún
afirmar que no habrá futuro. La pervivencia, si la hay,
-porque bien puede ser una baba
del diablo que se enreda en el cabello-
es liviana y ágil como un globo
de gas, en cuya barquilla estamos

solos e indefensos.

Lo que ha aprendido esta cabeza
es a echar lastre
y a no controlar el rumbo.

FOTOGRAFÍA DE MIS PADRES

Este año no tuve presentes sus aniversarios,
qué raro, yo que aprendí, de su mano, reverencia y admiración.
Los años se atropellan unos a otros,
y ya es difícil saber qué está arriba y qué está abajo.
El anciano maestro, por ejemplo, está abajo
y sin embargo me acompaña
cuando doy mi clase a los alumnos;
su vino joven enrojece mi boca,
aunque su lección está lejos, diminuta en la tierra.
Todo es íntimo y necesario mientras vive,
luego toma formas redondeadas
y hasta puede rodar, ocultarse y regresar sin aviso.
Pero ya es otro y casi no lo reconoces.
Ayer encontré esta fotografía, extraviada hace muchos años,
y sus ojos, mirándose enamorados, parecían eternos.
Y eran eternos, porque es lo único vivo que ha quedado de ellos
y que continúa su coloquio en este cuarto.

NOMEOLVIDES

Acostumbro
a recoger para ellos *nomeolvides*,
pequeñas flores de octubre
que se prenden a la solapa
como abrojos.

En la piedra no hay nada
que las sujete:
ni el pocillo con agua
donde las sumerjo,
y que de ordinario se seca
tras mis pasos.

Tal vez sea mejor así:
que duren el instante de llevarlas,
apenas la decisión
de ponerlas junto a unos nombres
que sólo yo
deletreo hasta el final.
Sí, tal vez lo importante
sea sólo eso:
que mantenga la promesa
de llenar los vasos
y no derramar el agua.

ELEGÍA

Mi amigo perdió la cuenta de los días,
perdió los lunes, los martes, los miércoles y los jueves;
dejó para siempre el cincel, el martillo, la plomada, el compás,
y el barro: lo último en dejar fue el barro.
Ahora realiza sus esculturas con las manos:
aproxima las manos y en el hueco que dejan libre las modela;
las vuelve a separar, y la cariátide ya está lograda
y flota en el aire, hecha de aire.
Sus obras son, por eso, inmortales;
duran en el oriente y en la pupila de los ciegos,
en los frascos de éter y en el mediodía de los enfermos.
Lo rugoso en ellas es el tiempo,
que aisló las formas de las ideas, la ejecución de las órdenes,
y propició que las primeras llegaran antes a la luz,
sin instrumento alguno que las guiara.
Quizás también él se ha vuelto inmortal y no lo sabe:
de a ratos se toma la cabeza con las manos
y pregunta por las uvas, las almendras y el ojo de los huracanes,
por los viernes, los sábados y los domingos,
que saltan en su cabeza como escalla.
Ahora la noche lo piensa, la noche lo está pensando,
y una Venus blanca que se desnuda en su pecho.

ARTES

Primero, el arte de ser derrotado;
luego, el arte de conversar a solas;
más tarde, la serena indiferencia;
por último, el arte de no ver nada
aún viéndolo todo.

Cuánto tuvo que aprender esta cabeza
para ser calva, enteramente calva
-por dentro y por fuera-,
en el camino de una nube
que se aproxima despacio.

* RAFAEL FELIPE OTERIÑO nació en La Plata, en 1945. Vive en Mar del Plata. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Altas lluvias* (Cármina, 1966), *Campo visual* (Cármina, 1976), *Rara materia* (Cármina, 1980), *El príncipe de la fiesta* (Cármina, 1983), *El invierno lúcido* (El imaginero, 1987), *La colina* (Ediciones del Dock, 1992), *Lengua madre* (Grupo Editor Latinoamericano, 1995), *El orden de las olas* (Ediciones del Copista, Colección Fénix, 2000), *Cármenes* (Vinciguerra, 2003), *Ágora* (Ed.del Copista, Colección Fénix, 2005). En 1997, el Fondo Nacional de las Artes publicó su *Antología poética*.